

## NERUDA EN MEDIO DEL *CANTO GENERAL*

Armando Uribe

En este artículo Armando Uribe lleva a cabo una minuciosa lectura de *Canto General*, a su juicio la más grande empresa de poesía creada por un chileno, prueba de que es posible concebir y realizar una obra mayor en verso, que intente decirlo todo, o casi todo, sobre lo nuestro. Destaca en el *Canto* la recreación del pasado de América del Sur y la capacidad de Neruda para elaborar mitos probables. También resalta otros aspectos menos reconocidos, como el uso de la sátira y el carácter político-moral de los poemas.

Neruda nació en Parral el mismo año que mi padre en Chillán, 1904. No es de extrañar que a los 24 años, cuando lo conocí, experimentara yo un cierto afecto filial hacia él, más allá o más acá de su celebridad. Cuando murió el 73, lloré.

En esos quince últimos años de vida, este poeta y hombre de bien “producía —como él dijo de García Lorca— la felicidad” de sus amigos. No es que hiciera “gracias” solamente, sino que su formidable humor vivificaba, su inteligencia de las cosas y las personas enseñaba a vivir, entregaba una sabiduría chilena propia sólo de unos pocos viejos; y no era tan viejo. Le encantaban las historias y las historietas de gentes conocidas o

no. Todo lo que tuviera datos curiosos y precisos, verídicos o al menos verosímiles, sobre hechos amorosos y políticos, escándalos o rasgos de humanidad, experiencias raras o enriquecedoras, todo le interesaba. Sabía oír. Intervení en la conversación, comparando lo que le contaban con fenómenos que le constaban; anécdotas, pero también datos recónditos de la historia de Chile. Hablaba poco de sí mismo, y nunca de sus poemas. Suma sencillez, ninguna pedantería.

Una sola vez, cuando fuimos a verlo con mi mujer y cuatro hijos muy niños, relató en soliloquio sus personales recuerdos en Madrid de los días previos al asesinato de Federico García Lorca en Granada y sus cercanías. Estábamos en 1966, el día en que se cumplían treinta años del alzamiento del pavoroso y relamido Franco contra la República española. Caía la tarde en Isla Negra. No había, con Neruda, nadie más. Luego de la narración ininterrumpida, hubo un momento de silencio, y dijo: Es igual al caso del rey de Persia y su jardinero. Y contó la leyenda de la “Muerte en los Jardines de Ispahán”. (Lo anterior aparece en un capítulo, con más detalles, del libro *Rostros de Neruda*.)

Muchas más cosas sé de Neruda, en persona, y he leído en libros de José Miguel Varas y de otros. Y he conversado con antiguos amigos que le conocieron; y algunas he escrito.

Me podrán decir ahora: Y el Neruda que conoció diez años después del *Canto General*, y el que aparece en esta obra, la más larga que escribí ¿se parecen? Claro que sí, aunque el *Canto* relata muchas más.

Lo había leído por primera vez en 1950, en un ejemplar grande de la edición clandestina hecha en Chile. Lo tenía un hermano de mi padre, en cuya biblioteca me encerraba después del colegio. Muchas veces más tarde lo recorrí según los poemas que recordaba, incluso en parte de memoria (aunque uno tiene memoria de pollo).

He notado que quienes escribimos sobre Neruda, nos entrometemos en primera persona con frecuencia. ¡Es que fuimos y somos —o creemos ser— sus testigos vivientes! En fin.

Para el recuento del *Canto General* de que se trata en este artículo [—¡qué manera administrativa de introducirlo!—], la relectura fue de días y días, tomando notas y observaciones o comentarios, algunos intrusos e iracundos.

Se empezará por el principio. Neruda dice en la primera página: “*Yo estoy aquí para contar la historia.*” El poema se llama “Amor América (1400)”. La presencia de su vida americana y chilena, de lo que ha pasado aquí en seis siglos, y durante toda la existencia del poeta, por casi cuarenta y cinco años de su edad como dice al terminar el libro.

La Primera Parte de su obra magna —que en su penúltima página llama “*Este libro*”, y luego “*el libro Canto General*”— se titula “La Lámpara en la Tierra”. Se dedica ahí a una América precolombina, de casi un siglo antes del “descubrimiento” (hoy apelado Encuentro de culturas) y de la Conquista para la corona española y portuguesa, según Bula del terrible Papa Alejandro VI, Borgia en italiano, Borja en España, de donde era originario como otro Papa Borja tío suyo, también valenciano. [—¡Pedantes estamos!— por casualidad, como el burro de la fábula.]

Sus poemas se llaman “Vegetaciones”, “Algunas Bestias”, “Vienen los Pájaros”, “Los Ríos Acuden” (señala cuatro, Orinoco, Amazonas, Tequendama y Bío Bío). Luego, los “Minerales” y finalmente “Los Hombres”.

En “Los Ríos Acuden” hay un poema erótico: “*Amada de los ríos (...), / como un árbol de venas es tu espectro / de diosa oscura que muerde manzanas: / (...) desnuda*”. Neruda humaniza la naturaleza; como los escultores estatuarios del Barroco romano, en la fuente, por ejemplo, de los ríos, con ríos sudamericanos, de la plaza Navona —entiendo que es del Bernini [—¿o no?]; pero hay otras estatuas fluviales, renacentistas y las hubo en la Antigüedad latina.

Al Orinoco le dedica un poema barroco. Al Amazonas le dice “*padre patriarca*”, “*eres cargado con esperma verde, / como un árbol nupcial*”, y otras lindezas. Y se dirige al Bío Bío así: “*Tú, sin que nadie mirara a un niño / me contaste el amanecer de la Tierra*”, siendo ese niño, parece, el Ricardo Reyes infantil; “*y luego te vi entregarte al mar / dividido en bocas y senos, / ancho y florido.*”

Ama lo inorgánico en sus “Minerales”, piedras preciosas o útiles o tremendas: “*El cobre establece sus crímenes / (...), y en el silencio acumulado / duermen las momias destructoras*”.

En “Los Hombres”, poema largo, habla de los caribes, del tarahumara, de “*los sacerdotes de las escaleras aztecas*”; y a propósito de las culturas autóctonas dice: “*los mitos de las tierras amorosas, / la exuberancia húmeda de donde / lodo sexual y frutas derretidas / iban a ser actitud de los dioses*”. Dice de los “*Mayas, habíais derribado / el árbol del conocimiento*”, y canta a Chichén [Itza].

Hasta que “*era el Sur un asombro dorado*”; y se refiere a “*las altas soledades / de Macchu Picchu en la puerta del cielo*”, sobre el cual va a abundar en la Segunda Parte. Describe el Cuzco, “*la selva azul*”, y “*el guaraní*” que “*(...) cantaba como / el humo que sube en la tarde*”.

Más al sur, más. “*En el fondo de América sin nombre / estaba Arauco*”. “*Mirad el gran Sur solitario.*” “*No hay nadie. Trina la diuca /*

*como el agua en la noche pura. / Cruza el cóndor su vuelo negro. / No hay nadie. Escuchas? Es el paso / del puma en el aire y las hojas. / No hay nadie. Escucha. Escucha el árbol, / escucha el árbol araucano. / (...) / No hay nadie, sólo son los árboles. / Sólo son las piedras, Arauco.”*

Dos anotaciones. Neruda continúa con su costumbre de poner un solo signo de interrogación, al final, y no a la vez al comienzo como se acostumbra en castellano; lo hace como ocurre en francés, en inglés, en italiano. No son muy numerosos los poetas chilenos que en esto lo imitan. Segundo, al pueblo mapuche lo nombra araucano, como se ha usado por siglos, a desmedro de la lengua de ese pueblo, en Chile. Es la fuerza de *La Araucana* de don [—¿tenía el “don?”] Alonso de Ercilla y Zúñiga.

La verdad es que ya se nota el ánimo nerudiano aquí de emprender una obra mayor, como *La Araucana* del Siglo de Oro español, una grande y amplia, con gran resuello, de las que marcan una literatura nacional.

Tal vez también estaban, como en media luna a su alrededor mientras escribía, los autores de los grandes intenciones literarias, aunque no los mencione: Góngora con sus *Soledades*, Ariosto con su *Orlando Furioso*, el Tasso, Milton, acaso el Dante de la *Divina Comedia*. Su intento no es menor que los de estos pares mayores suyos.

La Primera Parte es una suntuosa introducción.

Las justamente famosas “Alturas de Macchu Picchu” forman la Segunda Parte del *Canto*. Esos muros, escaleras y huecos de puertas elevados en piedras colosales por manos indígenas sobre la montaña erguida de los Andes, fueron también, como las vegetaciones y bestias, los pájaros, ríos y minerales, como los hombres autóctonos, muy anteriores a la llegada “descubridora” de extranjeros de otro viejo mundo. Asimismo, la antigüedad de las culturas de este “nuevo” continente no es mucho menor que la del mundo viejo. No somos recién nacidos, aunque los seres humanos hayan entrado a la masa terrestre mal llamada americana —por más que esta palabra de Italia tenga una amarga belleza— hace 15 o 20 mil años no más...

Estas “Alturas” son de por sí un intenso poema de construcción deslumbradora, equiparable en su fuerza trágica a *La Tierra Baldía* de T. S. Eliot, pero añadiendo la esperanza, virtud de que carece la obra del cristiano anglicano nacido en EE.UU.

Éste había sostenido en ensayo sobre Dante, más o menos contemporáneo a *The Waste Land*, que ya no era posible, debido a la disgregación espiritual de Occidente, escribir un extenso poema como *La Divina Comedia*.

Neruda en las “Alturas”, y aun en todo el *Canto General*, probó que era posible concebir y realizar una obra mayor en verso que intentara decirlo todo, o casi todo, de lo nuestro. Mientras Eliot habló en aquel poema de “a heap of broken images”, un montón de imágenes quebradas, Neruda en el *Canto*, y en sus ornamentales “Alturas de Macchu Picchu”, procuró construir una catedral barroca americana que utilizaba las piedras de ruinas autóctonas, y el máximo sufrimiento como el goce de hombres, cosas y naturaleza, mediado el siglo XX. Es contratierra a la baldía o vacía. Llenó la tierra americana, probando que, de ser occidente, es algo más, para bien o mal, o pésimo ¿o mejor?

Querer presentar párrafos de las “Alturas” es empobrecer las impresiones del lector. ¡Que las lea, más bien! A la vez, una descripción de sus secciones puede servir, acaso, “del aire al aire”. Algunas de ellas valen, si se pudiera separarlas, como poemas completos en sí mismos (por ejemplo, la tercera y la quinta).

Hay, desde el principio, un carácter de oratorio, en que el poeta se está dirigiendo a numerosos otros oralmente, pero hablando en primera persona, “*iba yo entre las calles y la atmósfera*”, “*como una barajada cantidad, queda el alma*”, “*me quise detener a buscar la eterna veta insondable*”, “*¿Qué era el hombre?*”

En la sección IV comienza constatando: “*La poderosa muerte me invitó muchas veces*”, y no cabe duda que esas invitaciones aparecen en las *Residencias en la Tierra*, “*pero ancho mar, oh muerte!, de ola en ola no vienes*”. Y, después de haberse enfrentado a la “*muerte grave, ave de plumas férreas*” (nótese la maravillosa cacofonía de “grave, ave” —como la del “no sé qué que queda balbuceando” de San Juan de la Cruz), “*entonces en la escala de la tierra he subido / (...) / hasta ti, Macchu Picchu.*”

Y describe lo que ve en esas alturas, en versos que a veces suenan como los de un Garcilaso, un fray Luis de León o incluso un Góngora, aunque ellos no escribían en verso alejandrino (el cual fue instado en castellano, desde el francés, por Rubén Darío): “*el vestigio del agua en la oquedad sonora*”.

Se refiere luego a “*todos los dormidos: / mil años de aire, meses, semanas de aire*”, a los “*muertos de un solo abismo*”; “*hoy el aire vacío ya no llora, / ya no conoce vuestros pies de arcilla*”, son “*una permanencia de piedra y de palabra*”, “*una vida de piedra después de tantas vidas*”.

Y les dice o nos dice: “*Sube conmigo, amor americano*”, en el poema VIII, donde extiende su caracterización del sitio: “*La plata torrencial del Urubamba*”, “*Oh Wilcamayu de sonoros hilos*”, “*quién va cortando párpados florales, / que vienen a mirar desde la tierra [?]*”; “*deja*

que el tiempo cumpla su estatura” entre “las paralelas láminas del viento” —endecasílabos que también podrían ser del Siglo de Oro, y son del gran siglo de la poesía chilena.

El poema IX es la sustancial letanía de las materias: “Escala torrencial, párpado inmenso”. “Caballo de la luna, luz de piedra”. “Muralla por los dedos suavizada”. “Arquitecto de águilas perdidas”. “Burbuja mineral, luna de cuarzo.” “Luna arañada, piedra amenazante.”

Para después (en el X) preguntar: “Piedra en la piedra, el hombre, dónde estuvo? / Aire en el aire, el hombre, dónde estuvo? / Tiempo en el tiempo, el hombre, dónde estuvo?” No se vea ninguna retórica en estas interrogaciones. Piedra, aire y tiempo son los asuntos máximos de las “Alturas”; pero el más esencial es el hombre primordial. Y el sufrimiento humano es ejemplificado en esta sección que concluye: “también, también, América / enterrada, guardaste en lo más bajo, / en el amargo intestino, como un águila, el hambre?”

“A través del confuso esplendor” del poema XI pide, “déjame hundir la mano” y que en el poeta palpite “el viejo corazón del olvidado!” Así ocurre; y ve “el antiguo ser”, “un cuerpo, mil cuerpos, un hombre, mil mujeres”, y aparecen “Juan Cortapiedras, hijo de Wiracocha”, “Juan Piesdescalzos”, “Juan Comefrío”, antiguas personas de nombres así mestizados. “Sube a nacer conmigo, hermano.”

Repite en la primera línea del poema XII y último de las “Alturas”, la exhortación, “Sube a nacer conmigo, hermano”; y juntos, de la mano, como dice, suben a nacer: “Yo vengo a hablar por vuestra boca muerta.” Y a esas bocas muertas les pide: “contadme todo, cadena a cadena, / eslabón a eslabón, y paso a paso”, todo lo sufrido y deseado. “Dadme el silencio, el agua, la esperanza. / Dadme la lucha, el hierro, los volcanes.” “Acudid a mis venas, y a mi boca. / Hablad por mis palabras y mi sangre.”

Y, pidiéndolo con el corazón, ellos majestuosamente hablan para nosotros, sus descendientes espirituales y carnalmente mestizados. ¡Qué gran poema, qué alto grito!

Dicho lo cual uno se permite musitar que no es el conjunto de poemas de Neruda que más le gusta; y sigue prefiriendo las *Residencias I y II*.

La Parte Tercera se llama “Los Conquistadores”.

En todo este conjunto hay una cólera violenta que sólo se dulcifica al hablar de Ercilla, su antepasado en poesía. A la vez quizás se advierte una reticencia piadosa. ¿Provendría del hecho cierto de saberse descendiente de más de alguno, al provenir carnalmente de familias sureñas que en los siglos XVI y mitad del XVII combatieron en las guerras de Arauco? Mestizado de origen, por ser él de los criollos chilenos antiguos.

Fue siempre el parecer de quien esto escribe que en su físico y en su manera de ser delataba aquella procedencia. El año 1958, si la memoria no engaña, apareció en la revista *Il Mondo* de Roma, donde estábamos, un artículo sobre Neruda, de paso ahí entonces, como persona. Se decía de él que era precisamente el tipo mismo del antiguo conquistador de América. Ya había sido publicado el *Canto General*, con espantosos retratos de conquistadores. ¿Qué habrá pensado el poeta al ser sindicado parecido a uno de ellos?

En el primer poema de “Conquistadores”, “Vienen por las Islas (1493)”, los sindicados como “*carniceros desolaron las islas*”, y nombra a Colón y a Narváez.

En el II, “Ahora es Cuba”, se describen torturas, y a exterminadores de “sangre” y de “ceniza”.

En el III, “Llegan al Mar de México (1519)”, describe por sus apellidos (incluyendo el propio): “*Son Arias, Reyes, Rojas, Maldonados, / hijos del desamparo castellano, / conocedores del hambre en invierno / y de los piojos en los mesones.*” No deja de conmoverse un poco del “*hambre antigua de Europa*” en un largo párrafo de versos que podría ser un poema en el poema. Y termina: “*Y los ojos de Núñez y Bernales / clavaban en la ilimitada / luz el reposo, / una vida, otra vida*”, una explicación, como otras, de lo que movía a quienes “*eran pueblo, cabezas hirsutas de Montiel, / manos duras y rotas de Ocaña y Piedrahita, / (...) ojos de niños*”...

Luego, en el IV poema, “Cortés”. Lo describe con rabia, “*es rayo frío, / corazón muerto en la armadura*”, “*hundiendo puñales (...), atropellando los jazmines, / hasta las puertas de Tlaxcala*”. Pero hay una pequeña y secreta ternura hacia él en algunos versos, aunque “*Cortés afila puñales*”.

Sigue la conquista de México, en “Cholula” (quinto poema). Y aparece en el sexto “Alvarado”, a quien el poeta odia sin trabas. Luego, en “Guatemala”, también está presente (poema VII) Alvarado, y es testigo “*el primer maya*” cuya sabiduría excede a la del “*obispo / detrás de los pálidos tigres*”. Y es “Un Obispo” el del poema VIII: “*quemó en la plaza los libros / en nombre de su dios pequeño*”; primera referencia al catolicismo de un obispo medio inquisidor.

En el poema IX, “La Cabeza en el Palo”, está Balboa. Neruda lo maltrata. Pero el X se llama “Homenaje a Balboa”, pues resulta característico de este Neruda del *Canto General* una doble mirada (¿mestiza?) a los descubridores que conquistan.

En el XI “Duerme un Soldado”, ¿un anónimo conquistador? En el último verso le da un nombre, Beltrán de Córdoba. Y narra una especie de

sueño que le provocó el “*gran Dios emplumado*” que mirara al soldado español.

“Ximénez de Quesada (1536)” va en sus naves por el río Magdalena de la Colombia de hoy, en el poema XII. Y en esa región, igualmente, “*ya roban, ya muerden, ya matan*”.

Luego, en el poema XIII, la extraordinaria y aun blasfema “Cita de Cuervos”, con su escena de los tres, Almagro, Pizarro y el canónigo Luque, que pactan el mal para el pueblo del sur incásico, en Panamá, cuando “*Luque levantó / la hostia en la eucaristía, / los tres ladrones amasaron / la oblea con torva sonrisa*”. Este episodio produce el horror, equivalente al de la escena de las brujas del *Macbeth* shakespereano. “*Como no sabían de letras / llenaron de cruces la mesa, / el papel, los bancos, los muros.*” “*Al sur salieron navegando: / cruces para las agonías, / cruces peludas y filudas, / cruces con ganchos de reptil, / cruces salpicadas de pústulas, / cruces como piernas de araña, / sombrías cruces cazadoras.*”

En el poema XIV, “Las Agonías”, destacan “*el joven Atahualpa*”, “*el capellán Valverde*” y “*Pizarro, el cerdo cruel de Extremadura*”. Y torturan a Atahualpa; y “*diez mil peruanos caen / bajo cruces y espadas, la sangre / moja las vestiduras de Atahualpa*”.

En el XV, “La Línea Colorada”; “*allí trazaron / la línea colorada*”, “*esa línea de su sangre*”; y hasta esa línea en la pared de “*Tres cámaras / había que llenar de oro y plata*”. Atahualpa “*maduro estaba por dentro, su paz / desesperada era tristeza. Pensó en Huáscar. / Vendrían de él los extranjeros? / Todo era enigma, todo era cuchillo, / todo era soledad, sólo la línea roja / viviente palpitaba*”. “*Entró Valverde con la Muerte entonces. / (...) Le ataron el cuello y un garfio / entró en el alma del Perú*”.

Y entonces, “Elegía” corresponde que sea el poema XVI. El poeta “*solo, en las soledades*” quiere “*llorar como los ríos*”, y padecer él mismo “*bajo la dura noche dura*”, extenderse “*en la piedra nocturna*”, “*llegar allí con la desdicha*”.

En el XVII están “Las Guerras”. “*Almagros, y Pizarros y Valverdes, / Castillos y Urías y Beltranes / se apuñaleaban repartiéndose / las traiciones (...).*” “*Matarifes de cólera y horca, / (...) exterminasteis vuestra propia / estirpe de uñas sanguinarias / (...) representasteis (...) / la Rapiña de hocico verde, / la Lujuria aceitada en sangre, / la Codicia con uñas de oro, / la Traición, aviesa dentadura, / la Cruz como un reptil rapaz, / la Horca (...), / y la Muerte (...).*” Se ve así que Neruda enumera siete Pecados, Capitales para él.

El poema XVIII trata de los “Descubridores de Chile”. Comienza con majestuosos alejandrinos: “*Del Norte trajo Almagro su arrugada cen-*



tella", y asimismo termina: "no imaginó este punto de colérica piedra". El que estaba en "La Tierra Combatiente" (XIX): "Primero resistió la tierra". "Luego el hambre caminó detrás / de Almagro", "y la muerte del Sur desgranó / el galope de los Almagros". Para peor, contra ellos "Se Unen la Tierra y el Hombre" (XX), y aparece "Araucanía" (ya se dijo que Neruda usa la denominación neoclásica de Ercilla); y ahí surgen "mis padres araucanos". Nada dice de padres españoles, porque los almagristas se fueron de Chile.

"Pero volvieron" con "Valdivia (1544)", "el capitán intruso", y la fecha sería la del paso del río Bío Bío. Valdivia en este poema XXI, le es antipático al poeta: "Valdivia, el verdugo, / atacó a fuego y a muerte. / Así empezó la sangre, / la sangre de tres siglos, la sangre océano, / la sangre atmósfera que cubrió mi tierra." No es nada falso que la violencia de la larga conquista de Chile fue considerada por autoridades de la época la que más fluía en América.

En contraste, el poema XXII muestra un "Ercilla" que a Neruda le es muy simpático y cercano. Volvió a retratarlo, quince o más años después del *Canto General* en el poema "Ercilla" del libro *Aún*, tan hermosamente como aquí, y en forma más breve. Le atribuye una gran virtud para Neruda en el *Canto*, diciéndole: "sólo tú no beberás la copa / de sangre".

Así como en el poema XXI decía: "Dividieron mi patria / como si fuera un asno muerto", en el XXIII denominado "Se Entierran las Lanzas", adelantándose en el tiempo, alega: "Pero cortada fue la tierra / por los invasores cuchillos. / Después vinieron a poblar la herencia / usureros de Euzkadi, nietos / de Loyola." Se produjo "el reparto (...) / en los bolsillos, los Errázuriz / que llegan con su escudo de armas, / un látigo y una alpargata".

Anuncia con lo anterior las desatadas sátiras de la Parte Quinta, que se verán más adelante.

El poema XXIV tiene varios subtítulos: "El Corazón Magallánico (1519)" es el primero, breve y bello: "De dónde soy, me pregunto a veces, de dónde diablos / vengo, qué día es hoy, qué pasa". Y en el segundo, "Despierto de Pronto en la Noche Pensando en el Extremo Sur", recibe respuesta: "Viene el día y me dice: 'Oyes / el agua lenta, el agua, / el agua, sobre la Patagonia?' / Y yo contesto: 'Sí, señor, escucho'" Y detalla lo que ve de día, un oveja que lame el color helado de una piedra, y la luna que es una copa de noche.

El largo y excelente poema XXIV prosigue con otros subtítulos, "Recuerdo la Soledad del Estrecho", "Los Descubridores Aparecen y de Ellos no Queda Nada", "Sólo se Impone la Desolación", "Recuerdo al

Viejo Descubridor”, “Magallanes”, de por sí un poema de un párrafo: “*Cuál es el dios que pasa? Mirad su barba llena de gusanos / y sus calzones en que la espesa atmósfera / se pega y muerde como un perro náufrago.*” El descubridor del estrecho es un “*viejo señor de luto litoral*”. Luego “Llega al Pacífico”, y por último “Todos han Muerto”: “*Hermanos de agua y piojo, de planeta carnívoro: / visteis, al fin, el árbol del mástil agachado / por la tormenta?*” Todos han muerto.

El XXV es el poema último de esta Parte Tercera: “A Pesar de la Ira”; reconoce que con los conquistadores “*se derramó una luz sobre la tierra: / número, nombre, línea y estructura*”, y hubo “*páginas de agua, claro poderío / de idiomas rumorosos (...) / sílabas de platino (...), / Así (...) / no sólo llegó sangre sino trigo. / La luz vino.*”

Presumo que la galería de citas anteriores, recogidas página por página, tomando las hojas puede abrumar. El libro tiene 568 páginas, y vamos en la 99...

No sé qué decirles. He vuelto a leer el *Canto General*. Reuní 67 páginas de referencias cubriendo cada uno de los poemas. Los marqué en mi pequeña edición mexicana de 1952, algo desencuadernada, con las tapas de cuero desprendidas. Señalé en cada página, con lápiz, los trozos que parecían más representativos y bellos. Para citar todos esos pasajes debería ocupar cien o más hojas. Ello al menos demuestra que guiándonos por el solo gusto hay muchísimos poemas que dan, más de cincuenta años desde que fueron escritos, un pleno placer.

Pero seguir su presentación como hasta aquí tomaría la forma de un catálogo hartamente arbitrario.

¿De qué se trata en este ensayo? De inducir a la lectura del libro que constituye la más grande empresa desinteresada de poesía que haya creado un chileno, entendiendo que es muy exitosa literariamente, en sí misma, por el solo hecho de existir. Contiene historia y crónica vivida, bastante autobiografía, y el pensamiento de madurez del poeta. Exhibe muchos versos de alta poesía, descriptiva, didáctica, lírica y —atención— algunos, bastantes, momentos de sátira que no desmerecen de Juvenal y Propertio, de Quevedo y —curiosamente— de otro poeta notable, contemporáneo y adversario suyo, chileno, el fortísimo satírico Pablo de Rokha, sin parecerse en nada a las suyas las sátiras de Neruda.

Tengo a la vista el primer número, 1939, del periódico *Multitud*. En él, junto a otros artículos muy interesantes de amigos escritores y de unos recuadros de la publicidad más curiosa que yo haya visto jamás, su director y fundador Pablo de Rokha publica su estudio “Teoría de la Diatriba y Exégesis del Humor, el Sarcasmo, la Sátira, el Panfleto y lo Pornográfico”.

Cada uno de esos términos, salvo el último, podría aplicarse a diversos pasajes del *Canto General*, pero nunca a su totalidad, como algunos desprevenidos han dicho. [—Decirles desprevenidos es generoso.] El género literario es la sátira, creo, y los demás términos serían especies suyas. Se trata, como dice De Rokha, de obra “de índole esencial y humana, es decir sagrada”; y más adelante agrega: moral.

Tengo para mí que el *Canto General* es una obra de moralista cuando examina la historia y su tiempo; puede no estarse de acuerdo a veces, pero la intención del autor entonces es poética y también moral. Quiere el bien, tal como él lo entiende; juzga y condena lo que considera el mal, y también al malo personal y colectivo.

“Los Libertadores” (Parte Cuarta) son sus héroes. A veces al comienzo de una Parte, introduce un poema inicial antes de la sección primera. Aquí hay uno extenso, con el título mismo del Cuarto conjunto. Predominan en el *Canto* y en este texto los versos de nueve sílabas. No es tal forma métrica frecuente en la poesía chilena; Neruda la asentó en definitiva. Aquí habla, desde la primera línea hasta la última, del árbol: “*Aquí viene el árbol, el árbol / de la tormenta, el árbol del pueblo. / De la tierra suben sus héroes / como las hojas por la savia.*” Es casi una alegoría: “*Éste es el árbol de los libres*”.

¿Quiénes son para Neruda los Libertadores? Ofrece un poema a cada uno. Sus nombres son subtítulos.

“Cuauhtémoc (1520)”. Sigue “Fray Bartolomé de las Casas”. Y luego, “Avanzando en las Tierras de Chile”, “Surgen los Hombres” (ambas frases son también subtítulos), y el primero es el “Toqui Caupolicán” en varios poemas que nos saltamos y el siguiente es Lautaro descrito excelentemente en sucesivos textos. Viene después “El Corazón de Pedro de Valdivia”, no sin denuestos, incluyendo una letanía de catorce invocaciones, “el canto de la guerra”: “*Dame tu frío, extranjero malvado*”, y trece invocaciones más empezando en “Dame”; no dejan de manifestarse las peticiones de virtudes atribuidas al conquistador muerto: “*dame la patria sin espinas / (...) Dame el aire donde respira / el canelo, señor florido*”. Este verso final llama “señor florido” al canelo, pero admite la ambigüedad de entender que tal señor sería Valdivia muerto en cuyo corazón “*hundí los dientes en aquella corola*.” El poema siguiente es “La Dilatada Guerra”, donde de nuevo incluye el poeta su apellido entre los conquistadores: “*Ved como caen en la tierra / los hijos ásperos del odio, / Villagras, Mendozas, Reinosos, / Reyes, Morales, Alderetes, / rodaron hacia el fondo*”. Hay, como ya vimos, una doble mirada de Neruda hacia aquellos ancestros que arduamente critica.

Viene en seguida un Intermedio, “La Colonia Cubre Nuestras Tierras”, después del “*ramal sangriento de los conquistadores espectrales*”, “*llegó la ley al mundo de los ríos / y vino el mercader con su bolsita*”. Supongo que Neruda se refiere a quienes llegaron a América y Chile no a guerrear: “*En las sombras del día tenebroso / el mercader hizo su reino*”, “*y en la antigua extensión de la frescura / creció la reverencia del gusano*”. “Las Haciendas”. “Los Nuevos Propietarios” es un poema que habría que copiar entero; varias personas conocemos líneas suyas de memoria. “*Cuando ya todo fue paz y concordia, hospital y virrey*”, tales y cuales de apellidos de la Conquista y la guerra del sur “*envejecieron*”, “*cayeron muertos*”, “*se asomó el vizcaíno con un saco*”, y nombra apellidos de los que más tarde equivocadamente Encina calificó de “aristocracia castellano-vasca”, Errázuriz, Fernández Larraín, Aldunate, Eyzaguirre. Agrega el poema satírico: “*Pronto (...) / expulsaron al conquistador, / y establecieron la conquista / del almacén de ultramarinos. / Entonces adquirieron orgullo*”, etc. Diez años después de publicada esta desdeñosa requisitoria contra los inmigrantes llegados en el siglo XVIII y que desplazaron a las familias descendientes de conquistadores, le pregunté a Neruda: ¿Dónde leíste sobre esto, del tomo V de la Historia de Encina?, ¿de adónde sacaste esto que cuentas en verso? Me respondió: De ningún libro, se lo oí más de una vez a mi padre y a mi abuelo.

Como yo también lo sabía por tradición oral, me interesó este fenómeno de dos siglos o más, transmitido —me parece— en familias “venidas a menos” históricamente.

Luego nombra a Manuela Beltrán y los “Comuneros del Socorro (1781)”, a “Túpac Amaru (1781)”, a “Bernardo O’Higgins Riquelme (1810)”, a “América Insurrecta desde 1800”. El poema a O’Higgins es afectuoso, mostrándolo en el sur, en Londres, en Santiago de vuelta, en las batallas de Independencia, y desterrado en Perú. Trata de él con respeto. Lo mismo a San Martín en las guerras y en la entrevista de “Guayaquil (1822)” con Bolívar.

Pero evidentemente simpatiza Neruda mucho más con “José Miguel Carrera (1810)” en numerosas páginas que habría que citar *in extenso* y con Manuel Rodríguez, sobre el cual escribe una “Cueca”, con los pies métricos de este canto y baile popular.

Atribuye un poema a cada uno de los que siguen. “Toussaint L’Ouverture”, de Haití. “Sucre”, el general de Bolívar que ganó la independencia de lo que se llamó desde entonces Bolivia, y ya no Alto Perú. “Morazán (1842)” en América Central. “Juárez”, de México. “Martí (1890)”, de Cuba. A Emiliano Zapata y otros de la revolución mexicana en decenios del siglo XX. A “Sandino (1926)” y “Prestes del Brasil (1949)”.

“Hacia Recabarren” es un largo poema en nueve partes, seguido del también largo “Recabarren (1921)”, en el cual trata encendidamente del Partido Comunista y califica a su fundador de “Padre de Chile”.

Pero hay otros de estos héroes de Neruda, libertadores para él, que se me han ido. No “José Manuel Balmaceda de Chile (1891)” que retrata en un episodio, historia o leyenda de aire mítico, frente a Mr. North, magnate mundial del salitre chileno. Esas cuatro páginas no tienen línea perdida.

¡Qué lástima no poder citar párrafos o poemas enteros! Me comen los dedos y los ojos al no poderlo hacer [—en el entendido de sentir picazonas].

Igual cosa, ¿ocurre con “Dicho en Pacaembu (Brasil, 1945)”, especie de discurso político en verso elocuente? No sabría decirlo. Para ser franco, no ocurre casi.

Y el poema penúltimo es: “De Nuevo los Tiranos”; dice que “*comenzó la cacería / en Chile, en Brasil, en todas / nuestras Américas arrasadas / por mercaderes, y verdugos*”, inducidos, aclara, por decreto de Wall Street. El último texto de la Parte Cuarta, “Libertadores”, a éstos los invoca porque “Llegará el Día”. Es una esperanza política histórica.

La Parte V es de las más terriblemente acusadoras y tiene numerosos textos maestros y frases que se han vuelto proverbios.

El título es “La Arena Traicionada”.

El poema I se extiende por 24 páginas interrumpidas por numerosos subtítulos.

El primero, “Los Verdugos”, tiene dos versos curiosos y sorprendidos: “*El gato y la escorpionista fornicaron / en la patria selvática*”. Es como si el poeta se hubiera distraído un instante, después de escribir “*cubrieron con barro amarillo / una prole encarnizada*”.

Luego vienen “El Doctor Francia” de Paraguay, “*su sombra resbala dejando / dos paredes de escalofríos*”. “Rosas (1829-1849)” de Argentina, mencionándose a emigrados por su culpa: “*Sarmiento, Alberdi, Oro, del Carril*”, todos a Chile.

En seguida Ecuador, donde “*ronda la muerte con su embudo*”, el cual estuvo en la mano del tirano García Moreno, “*murciélago de sacristía*”, “*crueledad de bigotes blancos*”.

La galería de “Los Brujos de América”, “*Estrada, chiquito, / en su chaqué de antiguo enano*”. Ubico “*atravesando los presidios / en motocicleta*” —ambos de América Central. “*Gómez, tembladeral de Venezuela*”. “*Machado en Cuba arreó su Isla / con máquinas, importó tormentos / hechos en Estados Unidos*”, “*mientras la Isla ardía, azul, / empapelada en lotería, / hipotecada con azúcar*”.

Melgarejo, “*barba cargada de coágulos*” cae del gobierno de Bolivia y poco después (22 de marzo de 1865), cuando Belzú ha triunfado; y al caído lo fusilan en el Alto de La Paz, mientras se celebra el triunfo en el Palacio bien llamado Quemado. “*Belzú, entre los guantes / y las levitas, recibe sonrisas*”; pero Melgarejo ha sobrevivido a los disparos, y se dirige a través de La Paz al Palacio “*como un toro imperial saca las fauces, / escarba las metálicas arenas / y empuja el bestial paso vacilante / el minotauro boliviano andando*”, y sube las escaleras del Palacio, mientras la muchedumbre que vitoreaba a Belzú se ha abierto, y los guardias quedan estupefactos e inmóviles; “*búfalo ensangrentado*” mata a Belzú y se asoma al balcón. La multitud, “*ronco un grito de tierra, un grito negro / de pánico y horror, responde: ‘Viva, / sí, Melgarejo, viva Melgarejo’, / la misma multitud del muerto*”. Y “*‘Viva’, / grita el fantoche colosal*”. Este episodio real y soberano (entre dos dictadores), juraría que Neruda lo tomó de las *Memorias* de su misión en Bolivia de don Ramón Sotomayor Valdés, entonces ministro plenipotenciario de Chile en Bolivia, presente en la escena y excelente escritor e historiador.

Luego vuelve un centroamericano, “Martínez (1932)” “*el curandero / de El Salvador*” que “*reparte frascos / de remedios multicolores (...) / El brujito vegetariano (...) Martínez entonces decreta: / y en unos días veinte mil / campesinos asesinados / se pudren en las aldeas*”. En “Las Satrapías” aparecen “*Trujillo, Somoza, Carías, / hasta hoy, hasta este amargo / mes de septiembre / del año 1948, / con Moriñigo (o Natalicio) / en Paraguay, hienas voraces / de nuestra historia*”.

“Las Oligarquías”. Recién acabadas las luchas por la Independencia “*la libertad (...) / se transformó en hacienda*”. “*Hicieron una línea negra: / ‘Aquí nosotros [—y caracteriza a los bien emparentados y ricos de Chile, México, Argentina, Uruguay, Ecuador] (...), señoritos de todas partes’ / ‘Allá vosotros, [—y caracteriza a los desposeídos con los términos vernáculos y despectivos que utilizan aquéllos] rotos (...) sucios, perezosos, pueblo*” Este poema, en el pasaje citado y en su totalidad, ha sido y merece ser una lección famosa.

Lo suceden la “Promulgación de la Ley del Embudo”, y “Elección en Chimbarongo (1947)”. Ambos son muy persuasivos. Del primero quedó como refrán una línea: “*París, París para los señoritos*”, pero vale entero. Y del segundo me consta que fue una elección viciada, porque me lo dijeron personas que ahí, en su fundo, marcaban votos; y efectivamente el senador elegido tenía “*voz de vaca aguardentosa*”, como dice Neruda.

“La Crema” es un texto cuyos versos tienen maestría y exactitud. Observaciones de vida social vivida. “*Grotescos, falsos aristócratas / de*

*nuestra América, mamíferos / recién estucados, jóvenes / estériles, pollinos sesudos, / (...) apuestos tigres de Embajada, / pálidas niñas principales, / flores carnívoras (...) / enredaderas chupadoras de sangre, estiércol y sudor (...)*” del pueblo. Cuando describe a las víctimas no es menos fuerte pero con humana piedad.

Castiga con cólera e ironía, después de “La Crema”, a “Los Poetas Celestes”, “*gidistas / intelectualistas, rilkistas, / misterizantes, falsos brujos / existenciales, amapolas / surrealistas (...)*”. Los trata de “*pálidas lombrices del queso / capitalista, qué hicisteis / ante el reinado de la angustia, / frente a este oscuro ser humano, / (...) a esta esencia / de ásperas vidas [?]*” Se responde: “*No hicisteis nada sino la fuga*”. Uno podría nombrar a cada poeta de los aquí denostados de América del Sur (desde México) y específicamente a chilenos. Severa conminación, discutible, pero de energía poética sobresaliente.

Después, con cólera, trata de “Los Explotadores”, y de inmediato a “Los Siúticos”, el chilenismo intencionado y de origen desconocido para “cursis” (en Chile, decir “cursi” es siútico...) Esta tirada deleita a los conocedores sociales locales.

Luego, “Los Válidos”, los ‘orejeros’ del poderoso. También da gusto leer de tal y tal “gusano” del “estiércol”.

Cuando se llega a “Los Abogados del Dólar”, hay que referirse a una polémica de abril y mayo, 2004, publicada a saltos por el diario que llaman, en Santiago de Chile, el “decano”. Un senador, J. Lavandero, que propicia una ley sobre el royalty o regalía que deberían satisfacer las concesiones mineras de Gran Minería del cobre (transnacionales en su mayoría), reprodujo en Carta al Director, a propósito de los “juristas” que se oponen a ello, un largo pasaje de este poema. Saltaron en días siguientes varias cartas en el mismo diario, refiriéndose al texto de Neruda. Uno lo llamó “diatriba”; otro, “recurso típicamente demagógico” y “poesía demagógica”; un tercero: “floridas utopías de las artes poéticas”; un cuarto: “no invertiría en un país donde (...) la economía debe regirse por el pensamiento político de un gran vate.”

Ay, Chile país de “pollinos sesudos”. Tan graves son tus tontos que lo único que no toman en serio es la poesía. Sin embargo un gran crítico universitario extranjero sostuvo que “la principal disciplina intelectual del siglo veinte en Chile es su poesía. No la historia y el derecho —como se dijo para el Chile del siglo XIX—; tampoco la sociología y la economía. No estos ‘pensamientos’: ¡la poesía!; sí”.

Veo que me quedan pocas páginas de las que me fueron asignadas. No voy a comprimir el resto de mis notas manuscritas, para enterar lo que

me parece del *Canto General*. Como tonto grave chileno (eso es mejor que ser tonto-tonto) prefiero ser serio.

Por lo tanto, sigo el mismo tranco. [—¡latero!] A mí no me importa. En cuanto a Neruda, es entretenido.

Que la política sea asunto del *Canto General* no tiene nada de raro; que haya excelente sátira política, tampoco. Lo extraño sería que no hubiese palabra poética, cargada de energía, de sentido y de emoción al máximo grado. Todo esto lo hay en el *Canto*. Es su visión del mundo que en él se explaya. Graham Greene, entre otros, ha dicho que la política en América Latina es cosa de vida o muerte. La poesía en Chile, por subjetiva e intimista que, para algunos autores, sea la que escriben, casi nunca deja de tener o admitir una proyección política. Ésta consiste en la vida colectiva y cuando hay verdadero Estado, la del poder formal y sus antagonistas (por cierto incluyendo los poderes económicos, militares y eclesiásticos, etcétera). Porque hay política en la poesía de Neruda, ¿la vamos a llamar “diatriba”, “demagogia”, “utopía”? Quienes así creen son de opinión que la verdad, la realidad, la historia, la experiencia, no se pueden dar en la poesía porque está en verso... Ay, chilenitos que circulan y figuran. Cabezas de cántaro hueco; espesos pantalones y polleras carnudas, torsos de simulacro.

En el catálogo aparecen ahora los “Diplomáticos (1948)”. “*Si Ud. nace tonto en Rumania / sigue la carrera de tonto, / si Ud. es tonto en Avignon / su calidad es conocida / (...) Pero si Ud. nace tonto en Chile / pronto lo harán embajador*”. Esta última frase se ha hecho proverbial entre nosotros. No obsta que Neruda lo haya sido; faltó en su caso el “pronto”, pues tenía ya 66 años; lo que no fue el caso de quien esto escribe con placer. Cada palabra y línea de esta sátira vale como definitiva; no se reducen al año 1948, sirven para antes y después de esa fecha.

La “Procesión en Lima (1947)” es un poema tremendo, y el sarcasmo a esa devoción católica resulta terrible. Sus observaciones de la realidad son precisas; basta para testimoniarlo una sola frase, entre muchas: “*niñas cortantes de las sacristías*”.

Luego, la “Standard Oil Co.”, como la “Anaconda Copper Mining Co.” y la “United Fruit Co.”, transnacionales inversionistas y explotadoras, forman un tríptico que, de “poetizar” a otras transnacionales en Suramérica, harían un políptico del lucro e infamia.

“Las Tierras y los Hombres” hablan de “*Viejos terratenientes incrustados / en la tierra como huesos / de pavorosos animales*”, y del “*Pobre peón infortunado / entre las zarzas*”; así como de ricos versus pobres en la ciudad, en el puerto de Talcahuano, en las casas dondequiera.



Y se asoman “Los Mendigos”, poema muy hermoso en su lastimosa sordidez.

Igual en el largo y tendido poema sobre “Los Indios”. Y en contraste con esos desvalidos, en todas partes “Los Jueces”, el magistrado impasible que *“te instituye por su codicilo / y sin apelación, perro sarnoso”*. La mezcla de términos judiciales y sucesorios hace que la confusión sufrida por la víctima de injusticias legales —no hay paradoja en estas dos palabras— resulte patente e indignante.

Todo lo anterior aparece en el extenso conjunto II con sus subtítulos.

Viene por ende el III.

Comienza con un episodio trágico: “Los Muertos de la Plaza, 28 de Enero 1946, Santiago de Chile”, *“Yo encontré por los muros de la patria, / (...) una gota de sangre de mi pueblo”*, versos de la estirpe de Quevedo. Menciona otros lugares de represión en el Chile del siglo XX. Precisamente el subtítulo siguiente es “Las Masacres” *“De Norte a Sur”*, y *“En medio de la Plaza fue este crimen. / (...) Este crimen fue en medio de la Patria”*.

En “Los Hombres del Nitrato”, *“yo estaba en el salitre, con los héroes oscuros”*. Habló con uno *“y ése me dijo: ‘Adonde vayas / habla tú de estos tormentos, / habla tú, hermano, de tu hermano / que vive abajo, en el infierno’”*. Esto hace recordar las brevísimas conversaciones del Dante con los condenados en *La Divina Comedia*. Luego, “La Muerte.” Y frente a ella “Cómo Nacen las Banderas” y a los que ellos reúnen “Los Llamo”, por sus nombres y apellidos.

Reinciden “Los Enemigos”, pero los Hermanos “Están Aquí”, no sólo esta vez sino siempre.

El poema IV y penúltimo, con subtítulos hace la “Crónica de 1948 (América)”: *“Mal año, año de ratas, año impuro!”* Y mal año les desea a quienes mandan en Paraguay, Brasil, Cuba, Centroamérica, Puerto Rico (ahí, Estados Unidos), Grecia. Describe “Los Tormentos” en Chile, retrata en “El Traidor” a González Videla: lo “Acus[a]”, por la persecución de que fue objeto el poeta en *“este mal año de ratas ciegas, / este mal año de ira y de rencores”*; *“qué pasará, preguntas, me preguntas?”* Pues, que será “El Pueblo Victorioso.” *“Aquí está mi ternura para entonces. / La conocéis. No tengo otra bandera.”*

El V y final tiene un solo título para tres páginas: “González Videla el Traidor de Chile (Epílogo) 1949”. Son páginas tremendísimas, con frases que muchos supimos de memoria en esa época, y recordamos todavía. *“Es González la rata que sacude / su pelambrera llena de estiércol y de sangre / sobre la Tierra mía que vendió (...) / Triste clown, miserable /*

*mezcla de mono y rata, cuyo rabo / peinan en Wall Street con pomada de oro, / no pasarán los días sin que caigas del árbol / y seas el montón de inmundicia evidente / que el transeúnte evita pisar en las esquinas!*” Un año después que González Videla dejara el gobierno, en 1953, recuerdo haberlo prudentemente esquivado en la esquina de las calles Huérfanos con Bandera, cuando él salía del Banco extranjero donde le dieron el cargo principal, mientras yo me recitaba las líneas recién transcritas. ¡Qué lástima que Neruda muriera a sólo doce días del Golpe de 1973, cuánto y cuán bien habría denostado a Pinochet! Todo esto es ya historia. No estuvo Neruda presente en la franca dictadura de Pinochet, de 16 años y medio, y la siguiente subrepticia hasta ser detenido en Londres en 1998. Otros tenían que hablar en vez de Neruda. No hablaron como él lo hubiese hecho.

Me detengo en la página 281, casi exactamente la mitad del *Canto General*.

Necesitaríamos ver otro tanto de hojas impresas para completar esta presentación de su carne y su espíritu.

Por falta de espacio, no de notas y ganas, me abstengo de decir entre paréntesis, como en los folletines periódicos y en las seriales: “(Continuará)”.

Este *Canto* —ya a mediados de su extensión y hacia el fin de la vida del presente lector— es Poesía Mayor. No tiene parangón en el Chile de los últimos cien años, y muy pocos en otras partes durante el mismo lapso. Una salvedad: entre nosotros fue publicado en 1990 la extraordinaria *Crónica del Adelantado*, Diego de Almagro, “descubridor” de Chile, en la cual monologa sobre sus hechos este Adelantado de la próxima Conquista, durante 113 páginas. Es también obra mayor de poesía en verso que el grande Enrique Volpe, chileno antes que piamontés, compuso casi en mágico trance de realidad histórica, que uno siente vivida de nuevo, para mayor gloria de la poesía chilena.

¿Cabe resumir las calidades de Neruda en medio del *Canto General*?

Malamente pergeñándolas, serían, sin mezquinar demasiado, las que siguen.

Históricas, tanto porque recrea lo pasado del continente suramericano (casi no hay anacronismo) y lo que a él le pasó en Chile, como porque es obra magna que resta en la más alta esfera de la poesía castellana y, tal vez, universal. Es también constructor de mitos probables. Asimismo, un moralista político. Neruda muestra piedad y se conmueve ante los dolores y los muertos populares del trabajo y las luchas desde la Conquista hasta su presente. Sinceridad suya en sus sentimientos humanos y sus humanas ideas. Un satírico de alta escuela. Un máximo poeta para Chile. □